



Suplemento a la Sección Bibliográfica

GUERRA DEL PACÍFICO

DE ANTOFAGASTA A TARAPACÁ

POR GONZALO BÚLNES

*Un volumen de mas de 700 pájinas.— Valparaiso.— Imprenta
i Litografía Universo*

I

Jamas un sér humano podrá decir, al llegar a los umbrales de la eternidad, que él mismo dispuso i ordenó su vida, que todo le sucedió como él lo habia previsto, que su tránsito por la tierra fué una serie de causas i consecuencias en las cuales predominó siempre su voluntad.

Libre es el hombre de escojer entre varios caminos, de tomar ésta o aquella resolucion, de decidirse con plena conciencia por el bien o por el mal. Por ello es responsable de todos sus actos i fatalmente llega un dia en el que ha de dar

cuenta cabal i minuciosa de cuanto hizo i de cuanto dejó de hacer para recibir la sentencia inapelable. Pero, teniendo el hombre la libertad de decidirse, la de ser justo o injusto, no tiene la de preparar por sí mismo las situaciones en que ha de hacer uso de esta libertad. Las fuerzas misteriosas de la naturaleza son superiores a él i le oponen sin cesar obstáculos que no pueden ser vencidos sino con largos i tenaces sacrificios. Sus propias pasiones i las pasiones ajenas le esclavizan, lo perturban en sus deliberaciones, le impulsan a proceder con torpeza o con injusticia, le estravian con demasiada frecuencia hasta conducirle a las mas graves faltas contra sí mismo i a los mas odiosos crímenes contra sus semejantes.

Entran por mucho tambien en la vida lo imprevisto i lo desconocido. Vivir es navegar en mares ignotos, es aventurarse en tierras inesploradas. Cada dia ofrece sus sorpresas, sus peligros, sus escollos i pocas veces se tiene la serenidad i la intelijencia necesarias para tomar, con la repidez que el caso requiere, una resolucion acertada i justa. Feliz el hombre que al fin de su vida puede declarar con sincera tranquilidad que sus errores, sus culpas, sus extravios, no fueron voluntarios, sino ocasionados por su debilidad para resistir a las circunstancias adversas i por su incapacidad para discernir dónde estaba el estricto deber! Esto atenúa las responsabilidades i da título para alcanzar el perdon.

Lo mismo puede decirse de los pueblos, de estas grandes comunidades constituidas por seres humanos que viven ligados entre sí, como si fueran un solo hombre, por sólidos vínculos de raza, de tradiciones, de intereses, de glorias, i a veces tambien, de amargos infortunios. Las pasiones estravian mucho mas a un pueblo que a un hombre, porque este tiene, para contenerse i dominarse, lo que a aquél le falta: la accion de su voluntad individual, el temor de su responsabilidad, individual tambien, i sujeta casi siempre a la inmediata sancion de las leyes penales. Las pasiones colectivas de los pueblos son ciegas, son de una violencia comparable sólo a las fuerzas sobrehumanas que suelen estremecer a la

tierra en hondas convulsiones i producir espantosos cataclismos. ¿Cuándo i dónde hubo gobernantes capaces de hacer oír la voz de la razon i la justicia, de mantener en la prudencia i en la paz a pueblos que se ajitan en furiosas pasiones encendidas al calor de contiendas civiles que siembran el odio entre hermanos o de conflictos exteriores que amenazan la integridad del territorio o empañan la honra nacional?

Así como es difícil, imposible mas bien, apaciguar a un pueblo apasionado hasta el furor i conseguir que, vuelto a la calma, busque o acepte de buen grado soluciones pacíficas, así tambien es mui fácil, por desgracia, que un hombre o un grupo de hombres, en el ejercicio del Gobierno, estraíe al pueblo que está encargado de dirigir i que, por error, por falta de sentido moral o por exceso de ambicion, le comprometa en pleitos que, no obstante de ser injustos en su oríjen, contrarios a todo principio de derecho, lleguen a convertirse, despues de ardientes debates diplomáticos i de violentos comentarios de la prensa diaria, en cuestiones de honra que exaltan el patriotismo hasta el delirio i hacen inevitable la guerra.

Nos ha parecido oportuno formular estas observaciones de carácter jeneral para que la opinion pública las tome en cuenta ántes de proceder a la lectura del libro, tan lleno de novedad, tan imparcial en su espíritu i tan claro en su exposicion, que don Gonzalo Búlnes está escribiendo con el título de «Guerra del Pacífico» i cuyo primer volumen comenzará a circular en uno de los próximos dias. Estudie-mos esa guerra en su oríjen, en su desarrollo i en sus consecuencias para hacer justicia a los que sirvieron bien a la patria en la hora del peligro i para aprender muchas enseñanzas que de ella nacen; pero pongámonos en guardia contra los sentimientos rencorosos que pueden despertar en nuestros corazones al relato de las intrigas diplomáticas i de las sangrientas batallas. Tengamos presente que el pueblo boliviano, a merced entónces de un soldado torpe e ignorante, vive hoi en un réjimen normal de gobierno i es

nuestro amigo. Recordemos que el pueblo peruano fué engañado por su Gobierno i que el desastre tremendo de la guerra pesa sobre él como una lápida de sepultura. A los vencedores corresponde mostrarse magnánimos i respetar el dolor de los vencidos i comprender tambien que es humano que ellos odien i suspiren por la venganza.

II

Don Gonzalo Búlnes tiene bien cimentado, en obras de prolija investigacion, su crédito como historiador. Movido a la vez por delicados sentimientos de piedad filial i por los impulsos de su patriotismo, escribió hace años la historia de la guerra que Chile hubo de hacer a la Confederacion Perú-Boliviana, organizada por el Presidente de Bolivia don Andres Santa Cruz, i que terminó gloriosamente para las armas chilenas en la batalla de Yungai, ganada el 20 de Enero de 1839 por el jeneral don Manuel Búlno, ilustre soldado de los tiempos heróicos de la independenciam nacional.

La preparacion de ese libro dió a Búlnes amplio conocimiento de los hombres i de las cosas del Perú, que en la época de aquella guerra se relacionaban directamente con la independenciam i la organizacion de la República. Le dió tambien esperiencia en el estudio de los documentos i madurez en el criterio que debe guiar a quien escribe la historia con la recta intencion de decir la verdad i no con el disimulado propósito de hacer un alegato en defensa de su patria. Fruto de aquella esperiencia i de nuevos trabajos de prolija investigacion fué otro libro, digno de todo encomio, en el que Búlnes refiere la historia de la memorable campaña de 1820 hecha por el glorioso Ejército Libertador Chileno-Arjentino, a las órdenes de San Martín, para dar independenciam al Perú i destruir el baluarte que allí conservaba la Madre Patria, con la adhesion nunca debilitada de

los nativos del país, i que le permitia amenazar a las Repúblicas constituidas en el resto del continente i hacer incierta la libertad conquistada por ellas a costa de rios de sangre i de prodijios de heroismo.

El historiador de las campañas en el Perú de los años 1820 i 1838, indicado estaba para serlo tambien de esta otra guerra de 1879, tanto mas grande que aquellas por los sacrificios que impuso a las partes belijerantes i no ménos trascendental por las alteraciones profundas que ha producido en la vitalidad de Chile, Bolivia i Perú i en la situacion respectiva de estas naciones en el continente americano. Conocemos ya el primer volúmen del nuevo libro de Búlnes i, junto con terminar su lectura, tomamos la pluma para recomendarlo sin reservas a la atencion de cuantos se interesan por conocer la verdad de la Guerra del Pacífico i para señalarlo al aplauso del país entero.

Hasta el presente no se han escrito sobre la Guerra del Pacífico sino libros apasionados en defensa de uno u otro de los belijerantes o esposiciones individuales de lo que el autor ha visto u oido, marcadas siempre de un sello personalísimo, o relatos de episodios aislados de la campaña terrestre i de la naval. Hoi, por vez primera, se publica un libro que estudia la guerra en conjunto i que lo hace con abundante acopio de documentacion coleccionada en los archivos públicos i en los particulares, con alto espíritu de imparcialidad, con la serena calma del hombre sincero que no odia, que no alimenta ambiciones, que no quiere engañar a su país, sino mostrarle la verdad desnuda para que en ella aprenda a precaverse de futuros peligros i a no dormirse otra vez en la confianza de que nada le amenaza.

III

Parece ser creencia jeneral en América que el Gobierno de Chile provocó a sangre fría la Guerra del Pacífico para adueñarse de los territorios bolivianos i peruanos que con-

tenian salitre. A ser esto cierto, nuestro Gobierno habria procedido con perversa astucia, preparándose desde tiempo atras para la maldad que meditaba, moviendo camorra despues a sus vecinos inocentes i pacíficos hasta que éstos le diesen pretexto para agredirlos i engañando a su propio pueblo para llevarle a una guerra injusta, a una guerra de codicia de territorio i de riquezas, disfrazada con el ropaje de un gran sacrificio por la dignidad de la patria.

Peruanos i bolivianos han sostenido siempre esta tesis. No ponemos en duda que lo hacen, en jeneral, de buena fé; porque ignoran que fueron ellos los engañados por sus Gobiernos i que éstos cometieron el doble atentado de maquinar en secreto contra un pueblo vecino, con el cual vivian en paz, i de traicionar a sus propios pueblos encadenándoles a la fatalidad de un guerra sin adoptar disposicion alguna en materia de armamentos i defensas, para que pudieran abtener el triunfo cuando ésta llegase a estallar.

Se comprende tambien que la opinion americana, no ilustrada sobre los verdaderos orijenes de la guerra, juzgue de ésta sólo por los hechos notorios, sobre todo por las consecuencias que de ella se han derivado, i que crea, por el triunfo tan completo de Chile, que éste tuvo una superioridad militar preparada de antemano i por la conquista del litoral de Bolivia i de la provincia de Tarapacá, que realmente su único pensamiento, su objetivo único, fué someter a su dominio toda la rejion del salitre.

El libro de que damos cuenta viene a hacer luz plena sobre esta pájina oscura de la historia americana. Búlnes ha reunido en sus manos una documentacion de inmenso valor que establece de modo definitivo la verdad. La ha estudiado con reposo i la presenta en una esposicion metódica, clara, concisa, que lleva al ánimo peor dispuesto por los prejuicios anteriores, el absoluto convencimiento de que la guerra del Pacífico fué el desenlace inevitable de una maquinacion misteriosamente urdida en Lima varios años ántes, durante la presidencia de don Manuel Pardo, i encaminada, con fria deliberacion, a herir a Chile de muerte, a reducirlo a una

condicion acaso tan miserable como la que tuvo en la época colonial.

No nos mueve el propósito de atribuir al pueblo peruano la responsabilidad de aquella conducta páfida de su Gobierno, ni el de dar mas alimento allá o acá a los rencores enjendrados por la guerra. Reconocemos que nada supo aquel pueblo de lo que sus gobernantes maquinaban en las sombras de una diplomacia anticuada, miserable remedo de la vieja escuela florentina. El pueblo del Perú, al estallar la guerra, creyó sinceramente que Chile provocaba a Bolivia con injusticia, sintió avivarse en su corazon los sentimientos de rivalidad que desde antiguo lo separaban de nosotros, estimó que sus fuerzas unidas a las bolivianas eran superiores en mucho a las chilenas i, estraviado así por el engaño de sus gobernantes, por sus propias pasiones i por una falsa apreciacion de su poder militar, hizo oír ardoroso clamor por la guerra i se lanzó a ella con ciega confianza en el triunfo.

IV

El verdadero autor de la guerra habia muerto cuando ésta llegó a encenderse por esplosion de la máquina infernal que él habia preparado. Mano peruana, mano armada para la defensa del Perú, fué la que quitó la vida a don Manuel Pardo en solemne trajedia, el año 1878, en circunstancias que él entraba en el templo de las leyes a ejercer sus altas funciones de presidente del Senado. Que el Supremo Juez haya tenido compasion de él, permitiéndole espiar la gran culpa de haber provocado una guerra injusta i de haber sembrado en su patria el dolor, la ruina, la desolacion!

¿Qué pensamiento guió al Presidente Pardo, del Perú, a pactar con Bolivia la alianza secreta contra Chile i a proponerla tambien a la República Arjentina? No habia entre Chile i el Perú ninguna cuestion pendiente. No eran inme-

diatos vecinos siquiera, de modo que estaban libres el uno respecto del otro de las odiosas controversias sobre fronteras, que tanto han perturbado la cordialidad de las relaciones entre algunas de las repúblicas de este continente. Existía, es cierto, una rivalidad bien acentuada sobre predominio en el Pacífico i sobre influencias en la política americana. Chile, que fué la mas ínfima colonia española, se habia levantado, desde tan humilde condicion, hasta el rango de hacer sombra a los herederos del opulento i soberbio Virreinato del Perú. Esto heria de continuo el amor propio peruano. A ello se agregaba, por una aberracion propia del corazon humano, cierto enconado resentimiento por los ausilios recibidos de Chile en la independendencia, en la restauracion de la nacionalidad peruana destruida por el protector Santa Cruz i en la guerra de 1864-1865 con España.

Pero tales motivos no bastaban para mover al Gobierno peruano a tramar tenebrosamente con los Gobiernos de otros pueblos la ruina de Chile. Lo que decidió al Presidente Pardo a embarcarse en esta aventura fué el deseo de asegurar el éxito de su operacion financiera sobre el estanco del salitre. El estanco nació condenado a ser estéril i ruinoso, porque se descubrió salitre, que fué explotado libremente por chilenos, en el territorio boliviano de Antofagasta i era probable que se descubriese tambien mas al sur, en territorio de Chile, como en efecto sucedió despues en Taltal.

El Presidente Pardo ideó entónces un artificio encaminado a dar robustez al estanco, a hacerlo fuerte i fecundo. Indujo a Bolivia a solicitar i pactar la alianza secreta contra Chile, con la cual esperaba despojar a este pais de parte de su territorio i adueñarse tambien de las salitreras bolivianas, cosa esta última mui fácil, aunque Bolivia fuese el aliado, porque los gastos todos de la guerra los haria el Perú i se pagaría de ellos, en la hora de la liquidacion de cuentas, con el despojo de su hermana i compañera en los triunfos esperados.

V

La política hostil a Chile del presidente Pardo encontró acogida, mas que favorable, entusiasta en el gobierno boliviano, ejercido entónces, rara escepcion en la vida pasada de esa República, por hombres de verdadero mérito, inteligentes, probos, dignísimos caballeros, por el presidente don Adolfo Ballivian, por don Tomas Frias, don Mariano Paptista, don Melchor Terrazas i otros.

No causa sorpresa el que la alianza peruana contra Chile fuera bien acogida por el gobierno de Bolivia. Ese pais, en verdad, habia recibido afrentas de nuestra parte, tenia agravios que vengar. Era nuestro vecino inmediato en el litoral del norte, habia discutido con nosotros estensamente sobre la fijacion de la frontera i nosotros habiamos concluido esos litijios pactando un tratado de limites por medios que no fueron decorosos. Al decir esto, no nos referimos al fondo de la cuestion; queremos creer que el derecho estaba de nuestra parte. Nuestra observacion se aplica al procedimiento empleado para llegar a aquella solucion.

Dominaba entónces en Bolivia, por la fuerza brutal de la soldadesca, un hombre depravado en el vicio, una especie de insano, que sin vacilar ejecutaba insensateces monstruosas, i tambien atroces crueldades. Melgarejo fue un gobernante de carnaval, cuyos actos harian reirsi, a veces, no hubieran sido sangrientos i el escenario de ellos no hubiera sido un pueblo desgraciado, mui digno de mejor suerte.

Pues bien, el gobierno de Chile hizo de ese tiranuelo grotesco su aliado personal, halagó sus pasiones, estimuló sus desvarios, con él pactó el tratado de 1866 i ante él acreditó un Enviado Estraordinario i Ministro Plenipotenciario, que pronto fué su confidente i su amigo. Cuando este diplomático puso término a su mision de Ministro de Chile en Bolivia, Melgarejo tuvo la peregrina idea, propia de su cerebro des-

compuesto, de nombrarle Ministro de Hacienda, i como él no aceptara este cargo, le acreditó en el carácter de Enviado Extraordinario i Ministro Plenipotenciario de Bolivia en Chile. ¡admírese hoy el país! el gobierno de Chile, prestándose a ser actor en la comedia, recibió a ese personaje chileno en tal carácter i siguió tratando con él de nuestras cuestiones con Bolivia.

¿Quién podrá extrañarse al saber esto, de que el pueblo boliviano se sintiese ultrajado por el gobierno de Chile i aspirase a rectificar el tratado de límites de 1866? Así se explica que el presidente Ballivián, hombre de talento i conciencia recta, entrase de lleno en los planes del presidente Pardo, que le abrían camino para imponer al gobierno de Chile la revisión de los actos internacionales sancionados en tiempo de Melgarejo. Así se explican, también, en mucha parte, el profundo encono que el pueblo boliviano sentía por el pueblo chileno, sus desconfianzas en nuestros procedimientos i su temor de que intentásemos arrebatarle todo su litoral, que él no podía defender porque se lo impedía la inclemencia de un estenso desierto.

VI

Sigamos ahora los primeros pasos de la tramitación dada por el gobierno del Perú al tratado secreto. El libro de Búlnes está nutrido de informaciones de carácter oficial, que dan una clave segura para no extraviarse en este laberinto diplomático. La víctima contra la cual se tramaba la conspiración no está nombrada en el documento. No había necesidad de nombrarla, porque el texto mismo del tratado la indicaba con una transparencia que hacía imposible todo equívoco.

A este pacto puede aplicarse lo que dice Macaulay, en su ensayo histórico sobre el conde de Chatam, al hablar del

tratado secreto contra Inglaterra, suscrito por las casas reinantes de Francia i España en 1760:

«Impulsado Cárlos III por su pasion dominante, el odio
« al nombre ingles, concluyó un tratado secreto con la
« Francia. En este tratado, conocido con el nombre de pacto
« de familia, las dos potencias se comprometian; no en tér-
« minos espresos, sino por los subentendidos mas traspa-
« rentes, a hacer en comun, la guerra a Inglaterra. La Es-
« paña aplazaba solamente la ruptura de hostilidades hasta
« el momento que llegase su flota cargada con los tesoros
« de América. La existencia del tratado no podia ser un se-
« creto para Pitt, quien procedió como era de esperarlo de
« un hombre de su talento i de su enerjia. El propuso que
« al mismo tiempo se declarase la guerra a España i se in-
« terceptase la flota que venia de América. Se le atribuyó
« el propósito de atacar a la vez la Habana i las Filipinas,
« sabio i prudente consejo que no fué escuchado».

El presidente Pardo hizo lo mismo que Cárlos III de España i luego que tuvo en sus manos el puñal con que se proponia herir a Chile, puso todo empeño en aumentar el número de conspiradores, invitando al gobierno arjentino a tomar tambien parte en la alianza secreta. Su anhelo era organizar la batida en tal forma que no dejara puerta alguna de escape a la presa, tan astutamente acorralada. Los aliados cortarian el territorio chileno por el norte hasta las cercanias de Copiapó i por el sur hasta donde el gobierno arjentino estimase necesario para ser potencia en el Océano Pacífico. Al propio tiempo el presidente Pardo adiestraba a Bolivia para presentar dificultades a Chile i la incitaba a preparar un rompimiento de hostilidades ántes que estuviesen listos para zarpar de puertos ingleses los blindados que, con patriótica prevision, mandara construir el primer presidente Errázuriz, de venerada memoria.

Lo singular es que aquella negociacion clandestina, discutida por tres gobiernos en Lima, la Paz i Buenos Aires, aprobada tambien por los Congresos, permaneciera siempre secreta para el gobierno de Chile. Los diplomáticos chilenos

acreditados cerca de los gobiernos del Perú i la Argentina, sospecharon la existencia del tratado, dieron la voz de alarma a nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores; pero nunca lo conocieron un modo exacto ni tuvieron la certidumbre de que estuviese perfeccionado. Olfateaban la intriga; sentían ajitarse en la atmósfera soplos precursores de tormenta, i se perdían en conjeturas sin encontrar la esplicación del enigma. El Ministro chileno en Lima, don Joaquin Godoi, escribía a su colega en La Paz, don Carlos Walker Martínez, i recibía esta respuesta:

«Diciembre, de 1873.

«Sobre la alianza de que se ha hablado de esta República con la República Argentina, i el Perú en contra de Chile, en este país todo el mundo juzga que es una patraña. El Ministro del Perú señor Latorre, cuando se ha tratado del asunto se ha reído a carcajadas, i ha protestado públicamente contra semejante alianza. Lo ha hecho tan en público i con tanta franqueza, que o me parece que no sabe nada, o realmente no hai nada hasta ahora definitivo».

El diplomático peruano se reía a carcajadas, no porque nada supiese, sino porque sabía demasiado. El objeto de su misión cerca del gobierno de Bolivia era justamente inducir a ese país a entrar en guerra con Chile, al amparo de las ventajas navales que le ofrecía el tratado secreto de alianza con el Perú.

Sus instrucciones le decían: «A Bolivia no le conviene perder tiempo en dilaciones inútiles, que a nada conducirán sino a permitir que Chile se arme suficientemente. Si el gobierno de Bolivia comprende sus intereses. debe romper definitivamente los tratados con Chile. pero procurando siempre que el rompimiento de relaciones no lo haga Bolivia, sino que sea Chile, quien se vea precisado a llevarlo a cabo. Rotas las relaciones i declarado el estado de guerra, Chile no podría sacar ya sus

« blindados i sin fuerzas bastantes para atacar con ventajas
« se veria en la precision de aceptar la mediacion del Perú,
« la que, en caso necesario, se convertiria en mediacion ar-
« mada, si las fuerzas de aquella República pretendiesen
« ocupar Mejillones i Caracoles. A las anteriores considera-
« ciones puede usted agregar otras que, no dudo, acabarán
« de decidir al Gobierno de Bolivia a adoptar la línea de
« conducta indicada. Me refiero a la casi seguridad que te-
« nemos de la adhesion a la alianza por parte de la Repú-
« blica Argentina.»

« US. insistirá, pues, cerca de ese Gobierno en el sentido
« del presente oficio a fin de llegar a una situacion clara i
« terminante en las cuestiones con Chile *antes de que esta*
« *República haya conseguido la terminacion de sus blinda-*
« *dos i su salida de Inglaterra, que convendria cruzar en*
« *tiempo.*»

VII

En esa delicada emergencia al Ministro de Chile en Bolivia le faltó penetracion para comprender que su colega del Perú le engañaba i que en las carcajadas de éste no habia sinceridad sino diabólica malicia. Pero eso fué una fortuna para Chile. Walker Martínez, hombre caballeroso, leal i veraz, hacia una diplomacia honrada. No cuadraba a su carácter el armar intrigas ni él sospecharlas. Sus instrucciones le ordenaban cultivar las mas cordiales relaciones con el Gobierno de Bolivia, buscar sinceramente una justa solucion de las dificultades pendientes, i él las cumplia cual corresponde a un buen ciudadano i a un hombre de bien. La hidalguía de Walker Martínez le ganó la confianza del anciano Presidente don Tomas Frias i del Ministro de Relaciones Exteriores, don Mariano Baptista, hombres tambien de almas levantadas.

«La política leal i honrada, dice Macaulay, es la mejor de todas, la única que conviene así a los individuos aislados como a las colectividades, a los hombres como a los pueblos. Podrá citarse algunos nombres de personas a quienes el dolo i la infamia hayan sido parte mui eficaz de su engrandecimiento; pero dudamos mucho de que exista un solo Estado que, a la larga, haya granjeado algo menoscabando i hollando la fé pública.»

Se cumplió en el caso que contemplamos, al pie de la letra, lo que afirma Macaulay. La lealtad i la honradez de Walker Martínez desbarataron los planes que con dolo, hollando la fé pública, desarrollaba el Gobierno del Perú. Gracias a la buena fé del Ministro chileno pudo suscribirse el Tratado de límites de Agosto de 1874 que, rectificando el de 1866, quedó en vigor hasta la ruptura de relaciones entre Chile i Bolivia en Febrero de 1879. Eliminada para Bolivia, por ese arreglo, la imaginaria amenaza de una agresion de Chile sobre su litoral, ya no tuvo interes su Gobierno en hacerse instrumento de los planes diplomáticos i financieros del Gobierno del Perú i, desde entónces, en vez de marchar aceleradamente hácia el desenlace preparado por el pacto secreto, anduvo con pies de plomo por ese camino estraviado que le llevaba a la aventura, siempre tan incierta, de una guerra.

VIII

Se dice de las armas de fuego que las carga el diablo, por lo cual no debe jugarse con ellas, aunque se tenga la certidumbre de estar descargadas. El tratado secreto contra Chile, suscrito por los Gobiernos del Perú i Bolivia el 6 de Febrero de 1873, quedó, despues de Agosto de 1874, como arma descargada i sin uso hasta que, en una situacion imprevista, lo tomó en sus manos el Dictador Daza, de Bolivia,

i con la inconsciencia del demente o del ignorante, se sirvió de él para hacer estallar la guerra.

«Daza, escribe Búlnes, era de la estirpe de aquellos antiguos mandatarios bolivianos que trasladaban al Gobierno los sentimientos i pasiones de la soldadesca. La vida de todo militar boliviano en esa época era una cadena de aventuras revolucionarias. Vivian en conspiracion permanente i la existencia de los caudillos tenia casi siempre una distribucion fija, casi invariable, como la tragedia griega: la sublevacion, el asalto del poder i el asesinato o la proscripcion del antecesor, i el derrocamiento de ellos por las mismas medidas. Daza era de Sucre. Se enroló en la carrera de las armas cuando frisaba en la primera juventud. Sirvió a Melgarejo i fué uno de sus hombres de mayor confianza, lo que no le impidió contribuir a derrocarlo con su batallon. A Melgarejo sucedió en la Presidencia el jeneral Morales, otro caudillo de su estampa, i Bolivia no ganó nada con el cambio. Bastó un matiz de independencia en la Asamblea de 1872 para que Morales la mandara cerrar con fuerza pública. El encargado de hacerlo, penetrando a la sala de sesiones con su batallon, con bala en boca, fué Daza. El sucesor de Ballivian, don Tomas Frias, hombre de otro temple que los caudillos nombrados, designó a Daza Ministro de la Guerra i le permitió que conservara el mando del batallon número 1, que rejia desde tiempo atras, pudiendo así Daza colmarlo de favores, nombrar los oficiales a su albedrio i convertir el batallon en una masa pretoriana suya. Cuando el instrumento estuvo preparado, el Ministro de la Guerra se rebeló contra el Presidente i lo depuso. Desde ese dia principia su Gobierno i en esta situacion le encuentran los acontecimientos que describe esta obra.»

Despues de la ratificacion del Tratado Walker Martínez-Baptista, de 1874, el Gobierno de Chile dió por terminadas sus cuestiones con el de Bolivia i suprimió la Legacion de la República en aquel pais. No podia darse una prueba mas significativa de que Chile nada ambicionaba i nada proyec-

taba con relacion a Bolivia. Si hubiera tenido propósitos de conquista sobre su litoral, habria cuidado de estar bien informado de lo que sucedia en el pais, de conocer el estado de sus fuerzas i de sus recursos, de influir directamente en los sucesos políticos que allí se desarrollaban. Bien sabia el Gobierno de Chile que la incorporacion del «Cochrane» en su Escuadra habia bastado para infundir respeto al Gobierno del Perú. Poco mas tarde se incorporó tambien el «Blanco Encalada», lo que acentuaba considerablemente su poder naval. Sin embargo, esta circunstancia no le desvió ni lo mas mínimo de su política internacional, fundada en la justicia, encaminada de un modo invariable hacia el mantenimiento de la paz.

A la vez que gestionaba en Bolivia para llegar a un arreglo pacífico de todas las dificultades, el Gobierno de Chile apuraba en Inglaterra la construccion de los blindados que habian de ponerlo en situacion de hacer frente a la escuadra peruana. «El Presidente Errázuriz, dice Búlnes, sinceramente alarmado por las tendencias belicosas que manifesta el Perú, ordenó que el «Cochrane» saliese al mar en cualquier estado que se hallase. En efecto, así se hizo. El «Cochrane» zarpó de las costas europeas sin forro de zinc, pero con su artilleria lista, i llegó tan inconcluso que dos años despues fué preciso enviarlo a Europa para que lo terminasen». Esto puso freno a las impaciencias belicosas del Gobierno del Perú. En Octubre de 1874 el Ministro de Relaciones Exteriores decia al Ministro peruano en Bolivia... «hemos sido bastante esplicitos con ese Gobierno haciéndole comprender la necesidad, desde hace dos años, de no dejar trascurrir el tiempo infructuosamente. ahora se halla Chile en aptitud de imponer sus condiciones... i es de temer que surjan nuevas dificultades cuyo resultado no es posible prever, reforzada como se halla la marina chilena por el blindado que acaba de salir de los astilleros ingleses i que a la fecha camina hácia el Pacífico ...»

Comentando el cambio operado entónces en la diplomacia

peruana, Búlnes agrega: «La sombra de Bancquo de esta
« gran conspiracion fué el «Cochrane». Cuando apareció
« en el Atlántico navegando con rumbo a Chile, la diploma-
« cia peruana, que habia echado tanto combustible en el
« caldero de la guerra, dió aceleradamente vapor para
« atras». Ya no volvió a insistir con el Gobierno de Bolivia
para que estremase sus exigencias con Chile hasta obligar a
éste a ejecutar actos de violencia sobre el litoral. Por el
contrario, parece que se hubiera asustado de sus propias
audacias, porque entónces dió instrucciones al Ministro en
Buenos Aires, enviado para solicitar la adhesion arjentina
a la alianza secreta, en el sentido de suspender esas jectio-
nes i aun de entorpecerlas. «He dicho a US., escribia el Mi-
« nistro de Relaciones Exteriores del Perú, en diversas co-
« rrespondencias, i le repito ahora, cuánto interesa aplazar
« la firma del Protocolo de adhesion al Tratado de 6 de Fe-
« brero. En efecto, en las circunstancias actuales, lo que
« hoi conviene es conservar absoluta libertad de accion i
« no podriamos tenerla desde que nos ligáramos a la Repú-
« blica Arjentina por un pacto solemne».

El Gobierno del Perú estaba ya arrepentido de haber so-
licitado la alianza arjentina, llegaba a tener miedo de con-
seguirla. Se sentia amedrentado al pensar que la cuestion
de limites chileno arjentina pudiera arrastrarle a la guerra
con Chile cuando ya éste tuviera en servicio al «Cochrane»
i al «Blanco Encalada». Habia buscado el apoyo arjentino
para que le ayudase a despojar a Chile estando este pais
desarmado en el mar; pero no habia pensado en compromete-
rse de veras a dar él ayuda a la Arjentina, si era ésta la
interesada en provocar la guerra. La diplomacia peruana,
diestra en la astucia i la intriga, estaba por lo mismo reñida
con la lealtad, aun ofreciendo alianzas a sus mejores
amigos.

En Abril de 1877 el gobierno de Chile se vió obligado a
mandar un Encargado de Negocios a Bolivia, con objeto de
pedir garantías de buena administracion en el litoral, cuyos
habitantes eran casi en su totalidad chilenos. La dictadura

militar de Daza llevaba la violencia i la torpeza de sus actos a toda la estension del territorio boliviano, haciéndose tanto mas odiosa cuanto mayor era su diferencia con el gobierno legal civilizado que durante cuatro años habian ejercido los presidentes Ballivian i Frias. Eso era mui irritante para la poblacion chilena del litoral, acostumbrada a vivir al amparo de leyes estables, de autoridades politicas educadas en la práctica del réjimen constitucional i de jueces siempre rectos.

La mision del Encargado de Negocios de Chile se reducía a hacer comprender a los Ministros de Daza que, hasta por el decoro de Bolivia, era preciso gobernar con mas cultura en los puertos que la ponian en contacto con las demas naciones. Ni entónces, ni nunca, la Legacion de Chile tuvo instrucciones, ni siquiera las mas vaga insinuacion, para servir a una política de conquista en el litoral boliviano. Podemos afirmarlo del modo mas absoluto, porque desempeñamos un cargo de confianza en esa Legacion i nos impusimos a fondo de su archivo, estudiándolo i organizándolo desde muchos años atras.

En aquel tiempo no habia instituciones politicas, ni derecho público en Bolivia. Segun una frase atribuida al Presidente don Tomas Frias, allí gobernaba quien podia, como podia i por el tiempo que podia. Lo normal era que un Melgarejo, un Morales, un Daza se apoderase del mando a viva fuerza i lo ejerciese sin mas límite que el de sus pasiones i sus vicios. Ese soldado tomaba el titulo de Presidente Provisorio cuando ya se sentia firme en el poder, como el domador que amansa un potro i lo somete a la rienda, formaba un simulacro de Asamblea Nacional para presentarle, por mera fórmula, la renuncia del mando i ser por ella proclamado Presidente Constitucional.

Daza no podia proceder de un modo diverso. Esto era lo que habia aprendido en su servil oficio de pretoriano de otros caudillos i esto tambien le que necesitaba para que tuviesen una puerta por donde pasar a servirle i adularle algunos de los que mas habian condenado su aleve traicion

al digno Presidente Frias, tan respetable por su ancianidad como por sus virtudes cívicas i privadas. Así habia descendido la moral política de Bolivia al bajo nivel de esos aventureros que surjian por la fuerza i se imponian por el miedo que inspiraban sus violencias. Escasos eran los ciudadanos que tenian el valor de resistirle o de alejarse de ellos protestando, con franca enerjía, contra el orijen espúreo de su autoridad.

IX

A fines de 1877, Daza convocó una Asamblea, i, despues de la consabida farsa de renunciar el mando, recibió de ella el título, siempre ilejítimo, de Presidente Constitucional, en un pais que carecia de Constitucion. Esta Asamblea, no elejida, por cierto, sino nombrada por el mismo Daza, fué la que dictó, en Febrero de 1878 una lei gravando con diez centavos la esportacion de salitre, impuesto que iba a pesar única i exclusivamente sobre una empresa industrial chilena, la Compañía de Salitres de Antofagasta. El tratado de 1874, en su artículo 4.º, estipulaba que «durante veinticinco años, Bolivia no podria imponer a las personas, industrias i capitales chilenos, entre los paralelos de los grados 23 i 24, contribuciones, de cualquiera clase que fuesen, que las que entónces existian». Por tanto, la lei que establecia un impuesto nuevo al salitre elaborado por una sociedad chilena, era violatoria de aquel tratado.

La Legacion de Chile, con instrucciones de su Gobierno, reclamó, con moderada firmeza, contra ese acto i pidió que la lei del impuesto quedase sin efecto. Daza se negó a ello con tenacidad inquebrantable, i, lejos de escuchar el justo reclamo de Chile, sin querer discutirlo, rechazando tambien el arbitraje, mandó poner en la cárcel pública al administrador de la Compañía de Salitres de Antofagasta, porque no pagaba el nuevo impuesto. No satisfecho con esta violencia,

acostumbrado a tratar a puntapiés a sus paisanos, quiso hacer lo mismo con el Gobierno i los ciudadanos de Chile i ordenó la confiscación de los bienes de esa empresa industrial chilena.

Es característica la siguiente carta de Daza al prefecto del litoral, comunicándole esta última resolución.

«Tengo una buena noticia que darle. He fregado a los « gringos (se refiere a Mr. Hicks, administrador de la Compañía), decretando la reivindicación de las salitreras i no « podran quitárnoslas, por mas que se esfuere el mundo « entero. Espero que Chile no intervendrá en este asunto. . . « pero si nos declara la guerra, podemos contar con el apo- « yo del Perú, a quien exijiremos el cumplimiento del Tra- « tado secreto. Con este objeto voi a mandar a Lima a Re- « yes Ortiz. . . Ya vé usted, como le doi buenas noticias que « usted me ha de agradecer eternamente i, como le dejo di- « cho, los gringos están completamente fregados i los chile- « ños tienen que morder i reclamar nada mas».

El atentado de Daza obligó a Chile a mandar tropas de desembarco a Antofagasta para tomar posesión del puerto antes que aquella violencia se consumase. Así se produjo en Febrero de 1879 la situación que el Presidente Pardo quiso producir en 1873: Chile fué provocado por Bolivia hasta verse en la necesidad de ocupar militarmente el litoral boliviano; Bolivia se acogió al Tratado Secreto con el Perú para exigir que se hiciese efectiva la alianza contra Chile; i el Gobierno del Perú, haciendo mas grave aun su perfidia, mandó un Enviado Especial a Chile para ofrecer su mediación, como habria podido hacerlo dignamente un leal i sincero amigo. Los siniestros propósitos del Tratado Secreto tomaron proporciones amenazadoras con este nuevo engaño encaminado solo a ganar tiempo i procurar la compra en Europa de blindados que diesen al Perú manifiesta superioridad naval sobre Chile.

El Gobierno de Chile no deseaba la guerra, ni se habia preparado para hacerla. De ello dió testimonio recibiendo de buena fé al Enviado peruano, don José Antonio Lavalle,

quien, en su correspondencia oficial, deja constancia explícita de que el Presidente Pinto quería la paz i estaba dispuesto a hacer sacrificios para conservarla. Se repitió en esta ocasion lo que años ántes habia pasado en Bolivia entre la lealtad de Walker Martínez i el maquiavelismo del Ministro peruano La Torre. El Presidente de Chile discutía sinceramente sobre el modo de evitar la guerra con un agente diplomático que tenía por única mision adormecerle i engañarle miéntras el Perú adquiría nuevas fuerzas para establecer su superioridad naval.

Inmenso fué el peligro a que Chile estuvo espuesto en aquellas circunstancias, porque si el Perú hubiera logrado adquirir un blindado poderoso, la suerte de las armas habria podido ser otra en la guerra, que ya era inevitable, por cuanto el Gobierno peruano estaba comprometido i resuelto a declararla. Pero esa actitud del Presidente Pinto, esa sinceridad candorosa que le hacia desconfiar, no del Enviado peruano Lavalle, que estaba engañándole, sino del Ministro chileno Godoy, que desde Lima informaba la verdad i anunciaba la inminencia de la guerra, es la prueba mas concluyente de que Chile no tenía propósitos de conquista, de que jamas habia pensado con codicia en Tarapacá i de que el Gobierno del Perú labró por sus propias manos la ruina de su pueblo.

X

El Gobierno de Chile no deseaba la guerra ni pensaba en ella; por consiguiente no se habia preparado para provocarla ni para resistirla.

El Gobierno del Perú tampoco estaba preparado para la guerra. Tuvo, en años anteriores, no sólo el pensamiento sino tambien la resolucion de provocarla i, al efecto, pactó la alianza secreta con Bolivia. Pero los acontecimientos fueron mas poderosos que su voluntad, sus previsiones queda-

ron entónces sin cumplirse, i ya parecía haber olvidado la alianza de 1873, cuando Daza, en 1879, hizo necesaria la ocupacion chilena de Antofagasta i exijió de su aliado la ayuda que éste se habia obligado a darle.

La preparacion militar de Bolivia era mucho mas escasa que la de Chile i la del Perú; puede decirse que era nula. A ese pais, provocador directo de la guerra, le estaba reservado el contribuir a ella solo con un contingente de sangre valerosamente vertida en la batalla de Tacna el 26 de Mayo de 1880.

Es preciso tener muy presente que tal fué el verdadero punto de partida de la Guerra del Pacífico para darse cuenta exacta de las lentitudes, las vacilaciones i los errores de las primeras operaciones militares.

Si hubiera sido cierto que el Gobierno de Chile pretendia conquistar la zona salitrera del Perú i de Bolivia, habria tenido un ejército listo para entrar en campaña i su primer acto bélico habria sido invadir la provincia de Tacna para establecer allí la base de sus operaciones por tierra i por mar. Esta invasion podia hacerse sobre seguro con diez mil soldados i con la flota de trasportes de la Compañía Sud-Americana de Vapores. Sus consecuencias inmediatas habrian sido: impedir la union de los ejércitos aliados en el campo que era mas favorable para ello, hacer imposible el envio de refuerzos para la defensa de Tarapacá, establecer el bloqueo de Iquique i Pisagua con los buques mas débiles de la escuadra chilena i dejar a los blindados «Cochrane» i «Blanco Encalada» libres para buscar i destruir a la escuadra peruana.

Durante el primer mes que siguió a la declaracion de guerra, los buques peruanos estuvieron en reparacion en el Callao. «Los fuertes, dice Búlnes, estaban a medio arreglar; « la Independencia tenia sus calderos en tierra, se hacian « importantes reformas al «Huáscar,» los artilleros de tierra i de mar eran nuevos, sin ninguna competencia porque « casi todo el personal de esa arma era chilena hasta hacia « poco i habia sido licenciado.» Lo mas probable es que

una guerra iniciada por Chile con la ocupacion de Taena i con un ataque vigoroso al Callao habria sido de corta duracion porque el Perú, desde el primer momento, habria recibido golpes irreparables.

Pero eso fué imposible, justamente porque el Gobierno de Chile era sincero en sus propósitos de paz. No estaba en situacion de movilizar un ejército, porque en realidad no lo tenia. «Chile tenia en esa época, dice Búlnes, un pequeño « ejército de 2,440 plazas escasas, o mas bien nominales, « por tener incompletos los cuadros. La tropa efectiva fluctuaba entre 2,000 i 2,200 hombres. Se distribuia en cinco « batallones de infanteria, el Buin, el 2.º, el 3.º i el 4.º, los « Zapadores, consagrados estos a las obras de fortificacion « i apertura de caminos en la frontera araucana, un batallón de artilleria i dos rejimientos de caballeria, célebres « en los anales militares de la República, los Cazadores i « los Granaderos. Los cuerpos de infanteria tenian 300 « plazas.»

Llega a parecer inverosímil que con esta fuerza, insuficiente para el servicio de policia del pais, el Gobierno de Chile hubiera entrado en guerra con las dos naciones aliadas. La pobreza del Erario daba caracteres mas agravantes todavia a esa debilidad militar. Por falta de recursos no habia municiones ni para ese ejército minúsculo de 2,200 soldados. El hecho prueba, con mas elocuencia que la sinceridad del Presidente Pinto i que todos los antecedentes diplomáticos recordados, que el Gobierno de Chile vivia ciegamente confiado en la paz i que no salió de ella sino porque los aliados le cerraron todo camino que no fuese el de la guerra.

El libro de que damos cuenta nos hace ser testigos, por decirlo así, del reclutamiento i la organizacion del Ejército chileno despues de declarada la guerra, de los peligros que le amenazaron en su cuartel jeneral de Antofagasta mientras la Escuadra no anuló las fuerzas navales enemigas, del desarme en que estuvo hasta que llegaron en el mes de Agosto los rifles, la artilleria i las municiones pedidas a

Europa, i finalmente, de su victoriosa campaña en Tarapacá tan pronto como fué posible movilizarlo por mar.

Nos abstenemos de comentarios sobre esto i sobre las operaciones navales que están narradas con prolija exactitud, para no privar a los lectores del interes que ofrece el libro por la novedad de sus informaciones i tambien porque no entra en nuestro propósito el criticar los actos bélicos, ni el juzgar a los hombres que tuvieron responsabilidad inmediata en la direccion de ellos.

Nuestra última palabra será para decir que el pueblo de Chile aun no ha colocado a Prat i a Condell en el alto pedestal que reclaman la manigntud de su heroismo i la inmensidad de su gloria. Ellos, con el temple superior de sus almas, salvaron a la patria de un desastre que pudo aniquilar en pocos dias sus fuerzas de mar i tierra i agravar estas calamidades con las de un cambio de Gobierno por conmoción popular.

Ahora mismo, cuando ya han pasado treinta i dos años, el corazon se angustia al recordar que el «Huáscar» i la «Independencia» llegaban a Iquique con todo su poder, al mando de Grau, que supo unir la audacia a la prudencia, miéntras los blindados chilenos, como si un hado adverso los dirijiese, iban estérilmente al Callao para regresar vencidos sin combatir e inhabilitados por falta de combustible para entrar en accion. Todo parecia haberse combinado para la pérdida de Chile en aquellas circunstancias tan fatales.

¿Cómo surgió del desastre la gloria i de la debilidad la fortaleza invencible? Eso fué un prodijio realizado por almas heroicas que, como David en la hazaña de su niñez, recibieron inspiracion i aliento del Arbitro Supremo de la guerra, de Aquel a quien no se oculta dónde está la justicia i dónde la iniquidad.

FRANCISCO VALDES VERGARA.